

“Preludio Nupcial” “alegro maestoso” de Claudette Colbert, primera comediente del lienzo

“Columbia” necesitaba una sucesora para “Lo que sucedió aquella noche”. En un tema de la secretaria sabelotodo que se casa con su patrón y no consigue traerlo al plano idílico, creyó encontrar el material para el nuevo éxito. Y sólo ha conseguido reafirmar en el primer plano a Claudette Colbert que desde “El gran charco”, con Chevallier, pintaba como la primera comediente del cine americano. En estos últimos tiempos, “descubierta” por los que no supieron verla entonces y la han estado haciendo complicarse con Cleopatras y Popeas de opereta, Claudette ha seguido poniéndose de lo más francesita, de lo más femenina y de lo más deliciosa que hay en plaza. Intérprete exterior, la flor de piel, con un leve sentimiento que tiembla en la voz nasal, cálida, Claudette, es la heroína ideal de Molnar y Laszlo Fodor, a quienes no ha honrado aún interpretándolos en la pantalla.

Su técnica de comediente llega ya a un punto de perfección en “Preludio nupcial”, donde expresa la indecisión, en diversas escenas, como no lo ha hecho hasta la fecha nincun intérprete en el cine. Y ello constituye todo el atractivo de una pieza en que Gregory Lu Caya ha querido volver a aquella época de éxitos y de amables obras frívolas con Richard Dix y Lois Wilson como animadores.

El tema “familiar”, como que se mete en los intrínquilis de la vida cotidiana

Porque es muy distinta la aventura de un periodista atrevido e infatuado y una millonaria imposible de caprichosa, en un viaje en ómnibus a través del continente, del minucioso relato de los arranques de cólera, jaqueca y enajenación mental que le hacen dar en su casa al hombre de negocios, la chiquilla mal educada y hermana histérica. Esto lo sabemos todos por experiencia propia – demasiado bien – y aquello, el tema de “Lo que sucedió aquella noche” era un cuento novedoso y lleno de sal y pimienta.

En los últimos actos, la cinta, que venía encajonada en interiores y en un diálogo denso, con dos o tres chistes explotadísimos, empieza a dar tumbos, alegre y desenfadadamente por los caminos de la poca lógica y la componenda fácil. Y aquí es donde su justifica un poco y divierte este “Preludio”.

Por lo que respeta a sus intérpretes, Melvyn Douglas que se pasa todo el tiempo con el gesto hosco de un hombre de importantes negocios, beneficia su actuación con una borrachera fina que es – sin discusión – la mejor de cuántas hemos visto o sufrido en los últimos tiempos, tanto dentro como fuera de la pantalla. Michael Bartlett canta como en la intimidad. “Parlez-mo! d amour” única razón de esta pequeña aventura suya como actor. Edith Fellows, la niña retorcida y perversa, tiene gestos y momentos de notable intérprete. Katherine Alexander mantiene su tipo con una preocupación por los rasgos del mismo que antes no se le había advertido y Clara Kimball Young que en 1919 era una de la smujeres más hermosas y señoriales del cine, sale a ensayar una miserable característica cómica – la niñera – con cuarenta kilos dieciséis años de más. Todo tiempo pasado fue mejor... para ella, por lo menos.

R.A.D.